

**MAESTROS
Y
DISCÍPULOS**

Masters and Pupils, 1910

C. W. Leadbeater

Y A hemos dicho en otra oportunidad que entre el relativamente exiguo número de adeptos que retienen cuerpo físico y desempeñan los oficios propios de la administración del mundo, bajo la Gran Jerarquía, hay un todavía menor número que aceptan discípulos, y a quienes por lo tanto damos el nombre de Maestros. Veamos qué significa ser discípulo de uno de estos Maestros y qué se espera de quien aspira a tal estado y qué obra ha de realizar.

Ante todo conviene tener muy presente que los Maestros se han dedicado en absoluto al servicio de la humanidad en cuya obra están absortos con entera independencia de toda otra consideración. Al hablaros en otro capítulo de este asunto, dije que un Maestro dispone de determinada cantidad de fuerza que aunque parezca incalculable es limitada y ha de emplearla con la mayor ventaja posible. Desde luego que al tomar a su cargo la instrucción de un discípulo ha de consumir tiempo y energía; y como quiera que el Maestro lo mira todo desde el punto de vista del provecho de la evolución humana, no gastará tiempo y energía en un hombre a menos que los dé en él por bien empleados.

El Maestro tomará a un hombre por discípulo o mejor diríamos por aprendiz, cuando eche de ver que el tiempo y energía invertidos en aleccionarle resultarán tan provechosos como si les diera cualquiera otra aplicación; pero *nunca* en *caso contrario*. Así, por ejemplo, un hombre puede reunir muchas cualidades que le capaciten provechosamente: para ayudar al Maestro, y al propio tiempo tener un grave defecto que entorpezca constantemente su camino e invalide gran cantidad del bien que de otro modo pudiera cumplir. Ningún Maestro aceptaría por discípulo a un hombre de esta índole, aunque pudiera decirle: "Vence y domina ese peculiar vicio y cuando lo hayas subyugado te tomaré por ayudante y completaré tu educación."

Muchos de nuestros más ardorosos estudiantes están llenos de benévolos y altruistas sentimientos y se disputan por muy diferentes de la mayoría de los hombres, por lo que suelen preguntarse: "Yo ansío vivamente trabajar en beneficio de la humanidad; ¿por qué no me ha de probar y enseñar el Maestro?"

Examinemos resueltamente la cuestión. No los toma el Maestro a su cargo porque todavía están llenos de leves imperfecciones. No cabe duda de que su benevolencia, afabilidad y vehemente deseo de servir exceden de mucho a las imperfecciones; pero han de advertir que hay miles de gentes bondadosas y de apacible índole de las: cuales sólo difieren los aspirantes al discipulado en algún mayor conocimiento que les permite dar a sus cualidades más útil aplicación. Si la bondad de carácter y el anhelo de servir fuesen las únicas cualidades requeridas para el discipulado, cada Maestro podría tener miles de discípulos en cuya enseñanza hubiera de invertir todo su tiempo y eliminar de ellos los defectos en los mundos astral y físico, mientras que se vería precisado a descuidar del todo su espléndida obra con los egos en los mundos superiores.

Por consiguiente, ser discípulo de un Maestro significa ante todo que debe amoldar su conducta como el Maestro amolda la suya, es decir, a lo más conveniente para el progreso del mundo. El discípulo ha de estar *en absoluto* dispuesto a olvidarse de sí mismo, a abatir *enteramente* su personalidad (y conviene saber que esto no es una figura retórica sino exacta expresión de la idea) a renunciar a todos sus deseos personales y ordenar su conducta con arreglo a la obra que haya de cumplir.

¿ Cuántos de nosotros ansían de todo corazón dar este primer paso hacia el discipulado? Pensad en lo que significa ser discípulo. Cuando un hombre se ofrezca a serlo, el Maestro le dirá si lo considera o no apto para entrar en la etapa probatoria. Si el candidato reúne o poco menos las necesarias cualidades, el Maestro lo tomará a prueba, esto es, que durante algunos años lo someterá a rigurosa observación. El período regular de prueba son siete años; pero puede prolongarse indefinidamente si el candidato no satisface al Maestro, o por el contrario, acortarse si ve que su conducta se ajusta en todo y por todo al propósito. Casos hubo en que el período probatorio se prolongó hasta treinta años, y otros en que se redujo a cinco y tres, y aun en un caso excepcional a cinco meses.

Durante el período probatorio, el discípulo no está en modo alguno en directa comunicación con el Maestro y apenas le ve ni oye. Por regla general, no se le interpone ninguna dificultad en el camino ni se le somete a pruebas extraordinarias, pues tan sólo se le vigila cuidadosamente en su actitud respecto a las comunes inquietudes de la vida. Para observado más cómodamente forma el Maestro lo que se llama una "viviente imagen" del candidato, es decir, un duplicado exacto de sus cuerpos emocional y mental, y guarda la imagen en sitio donde pueda fácilmente alcanzarla poniéndola en *relación magnética* con el candidato, de modo que toda variación emotiva o mental de éste se reproduzca fielmente en la imagen. El Maestro la examina todos los días y así obtiene sin gran molestia un exacto registro de los pensamientos y deseos del candidato, para determinar cuando podrá entrar en relaciones más estrechas y admitirlo en el segundo estado, este es, el de discípulo aceptado.

Recordemos que el Maestro es un canal para la distribución de las fuerzas del Lagos, y no un canal inconsciente, sino un sutil e inteligente cooperador, puesto que es parte consciente del Lagos. De la propia suerte, aunque en mucho menor nivel, el discípulo aceptado es un canal de las fuerzas del Maestro; pero no debe serlo inconscientemente sino que ha de ser un inteligente cooperador y por lo tanto debe virtualmente formar parte de la conciencia del Maestro.

En tal medida se identifica un discípulo aceptado con la conciencia del Maestro, que éste sabe cuanto aquel ve y oye, aunque no necesariamente en el mismo instante de verlo u oírlo (por más que así ocurre algunas veces), sino que todo se imprime en la memoria del Maestro exactamente como está en la memoria del discípulo; todo cuanto éste siente o piensa está en los cuerpos emocional y mental de su Maestro: Al hacernos cargo de cuanto todo esto significa, vemos claramente por qué le es al Maestro de todo punto imposible aceptar un discípulo hasta que los deseos y pensamientos de éste sean tales como los que alimenta el Maestro. Si desgraciadamente ocurre que el discípulo tiene algún pensamiento incompatible con la mente del Maestro, levanta éste en cuanto lo nota una barrera que le separe de la nociva vibración; mas para ello divierte por un momento la atención de su otra obra y emplea cierta cantidad de energía. De nuevo vemos claramente que le fuera imposible a un Maestro establecer una tan estrecha relación con quien cediese a menudo a pensamientos incompatibles con los suyos y haber de distraerse frecuentemente de su obra

para rechazarlos perdiendo en ello tiempo y energías. No por falta de compasión o paciencia se niega un Maestro a encargarse de un candidato inepto, sino porque le impediría invertir provechosamente fuerzas y tiempo cual es su primordial deber. Si un hombre se conceptúa merecedor de que por discípulo lo acepte el Maestro, y sin embargo no se le ha concedido todavía tan señalado privilegio, examínese cuidadosamente durante un solo día y observe si tuvo algún pensamiento o deseo indigno del Maestro, recordando que no sólo son indignos los pensamientos y deseos concretamente impuros, sino los frívolos, los de ira impaciencia, y sobre todo los egoístas. ¿Quién de nosotros está libre de ellos?

El Maestro procura por medio de su admirable comunicación con un discípulo armonizar y entonar los vehículos de éste, o sea el mismo resultado que todo maestro o profesor procura obtener de sus discípulos en su ambiente exclusivamente físico. Cualquiera que sea la materia de estudio y el procedimiento de enseñanza, el principal efecto resultante en el discípulo no se obtiene de los ejercicios didácticos sino de la constante presencia del instructor.

Los diferentes vehículos del discípulo vibran en su acostumbrada tonalidad, y cada uno de ellos a distintas tonalidades por la influencia de pasajeras emociones y errantes pensamientos de toda índole, por lo que la primera y más difícil tarea del discípulo es ordenar este caos, eliminar todo interés de orden inferior, y someter los pensamientos fluctuantes por medio de una firme presión de la voluntad ejercida sobre todos sus vehículos durante largos años.

Mientras vive en el mundo, la dificultad de este dominio se centuplica por la incesante presión de las perturbadoras oleadas mentales y emotivas que no le dan punto de reposo ni le dejan concentrar sus energías para hacer un positivo esfuerzo. Por esta razón, los hindúes que desean alcanzar la vida superior suelen retirarse al yermo, pues en todos los países y en todas las épocas hubo hombres deseosos de vivir eremíticamente en lugares apartados del mundanal bullicio donde la soledad les permita ordenar sus pensamientos, y libres de impedimentos exteriores recibir auxilio de la solemne calma de la naturaleza.

Pero quien constantemente vive en presencia de un Maestro tiene todavía mayor ventaja que en la soledad del yermo, pues el Maestro ha calmado ya sus vehículos y los ha acostumbrado a vibrar en rítmica y suave tonalidad en vez de conmoverlos en tumultuoso frenesí. La rítmica tonalidad de los vehículos del Maestro es vigorosa al par que firme, y día y noche influye en los vehículos del discípulo, tanto en vigilia como en sueño, y gradualmente los va poniendo a tono con la vibración del Maestro. Este resultado sólo puede obtenerse con el tiempo y la continuidad de estrecha relación, aunque no con cualquiera sino con los capaces de tonalizarse.

Muchos Maestros no revelan sus especiales métodos de desarrollo oculto hasta después de obtener dicho resultado, al menos, en gran parte, a fin de que no sean peligrosos en caso de mala aplicación, porque los Instructores necesitan que el candidato esté preparado para recibir sus enseñanzas y bien sometido a su influencia para sostenerle en el recto camino cuando sobrevenga la dificultad. Muchísimas son las ventajas de quienes pueden estar en contacto íntimo con su Maestro.

Por consiguiente, ser discípulo aceptado de un Maestro significa que este discípulo se ha convertido en una especie de centinela avanzado de la conciencia del Maestro, en un canal por el que se derrame sobre el mundo la influencia de los Grandes Seres. El discípulo aceptado está en tan íntimo contacto con la mente del Maestro, que en cualquier instante sabe cómo piensa respecto a determinado asunto y no incurre en error. Por su parte, el

Maestro puede siempre que convenga transmitir un pensamiento a su discípulo, en forma de sugestión o de mensaje. Si, por ejemplo, el discípulo escribe una carta o da una conferencia, el Maestro lo echa de ver subconscientemente y puede infundirle al discípulo una frase para interpolarla en la carta o una apropiada insinuación para la conferencia. Al principio el discípulo no nota esta actuación del Maestro y supone que las ideas brotan de su propia mente; pero no tarda en reconocer el pensamiento del Maestro. En verdad es sumamente necesario que así lo reconozca, porque en los mundos astral y mental hay muchas otras entidades dispuestas con los mejores propósitos y la más amigable actitud a dar análogas insinuaciones, por lo que conviene que el discípulo aprenda a distinguir su procedencia.

Sin embargo, no confundamos el uso que un Maestro hace del cuerpo de su discípulo con la mediumnidad, que frecuentemente hemos calificado de vituperable. Por ejemplo, en alguna ocasión habló un Maestro por boca de la señora Besant y quienes la oyeron notaron señalada mudanza en la inflexión de voz, ademanes y aun fisonomía de la oradora; pero en tales casos no dejó nunca ésta de conservar su plena conciencia y saber exactamente lo que decía y por qué lo decía. Esta condición es tan distinta de la llamada mediumnidad, que fuera de todo punto impropio darle el mismo nombre. No cabe poner reparo alguno a dicha utilización por el Maestro del cuerpo del discípulo, y aun así son muy raros los casos en que los Maestros han usado este medio.

Cuando el Maestro habla por boca de la señora Besant, conserva ésta, como en circunstancias normales, la plena actividad de su cerebro físico; pero en vez de usar directamente sus órganos vocales, se limita a escuchar lo que el Maestro dice por medio de ellos. El Maestro piensa con su propio cerebro y transmite el pensamiento al de la señora Besant, y sin embargo, puede ella seguir usando su cerebro en las intelectuales operaciones de escuchar, comprender y admirar, aunque le sería imposible en aquel momento componer ni la más sencilla frase sobre cualquier tema distinto. Supongo que la forma más elevada de los guías espiritistas debe aproximarse a esto, pero rarísimamente se puede llegar a tanto.

Es tan poderosa la influencia de un Maestro, que irradia en una extensión casi ilimitada, de modo que, al hablar ante un auditorio por boca del discípulo, puede ocurrir que algún oyente muy receptivo note la presencia del Maestro y vea sus facciones y oiga su voz en vez de las del discípulo, pero no hay ninguna mudanza física perceptible por los oyentes no receptivos. En las comunicaciones espiritistas he presenciado casos en que se alteraron la voz, ademanes y aun las facciones del médium; pero esto supone siempre la completa incautación del Ego del médium por la entidad que de él se vale para hablar, lo cual es de todo punto distinto del procedimiento empleado por los Maestros.

Hay una tercera etapa de todavía más íntima unión, cuando el discípulo llega a ser lo que se llama el "hijo" del Maestro, luego que éste ha comprobado por larga experiencia las cualidades de su aceptado discípulo y tiene la seguridad de que nada se levantará en sus cuerpos emocional y mental que sea necesario repudiar. La capital diferencia entre el discípulo aceptado y el "hijo" es que el primero, aunque se identifica con la conciencia del Maestro, puede quedar temporáneamente separado de ella en algunos casos, mientras que el "hijo" está en unión tan íntima y sagrada que ni aun el mismo poder del Maestro sería capaz de interrumpirla una vez establecida.

Por lo tanto, vemos que hay tres etapas o estados de relación entre el Maestro y el discípulo. Primero, el período de prueba durante el cual no es verdadero discípulo. Segundo, el período de discípulo aceptado. Tercero, el período de filiación.

Desde luego se comprende que estas relaciones nada tienen que ver con las iniciaciones o etapas del Sendero cuya categoría es de todo punto distinta, pues son las señales de

relación del hombre no con su Maestro sino con la Gran Fraternidad Blanca y su augusto Jefe. Como apropiado símil de estas respectivas relaciones, podemos señalar la situación en que se halla un estudiante con el director del colegio en que aprende las asignaturas de su carrera y con la universidad en que ha de recibir los títulos académicos. La universidad le exige exámenes comprobatorios de suficiencia sin importarle nada los métodos y procedimientos de estudio. La universidad y no el director del colegio formula los programas de examen y confiere los grados, pues la tarea del director del colegio se contrae a que el estudiante esté debidamente preparado. Sin embargo, durante esta preparación, el director del colegio puede establecer con el estudiante las relaciones privadas de índole social que estime convenientes y con las cuales nada tenga que ver la universidad.

De la propia suerte, la Gran Fraternidad Blanca no se preocupa en modo alguno de las relaciones entre el Maestro y discípulo, que se dejan a la privada consideración del mismo Maestro, quien cuando cree que el discípulo está dispuesto a la iniciación lo notifica a la Gran Fraternidad Blanca y presenta al discípulo para recibirla, sin que la Fraternidad exija otra condición que la aptitud y nada pregunte respecto a las relaciones entre el discípulo y el Maestro. .

Pero como al candidato a la iniciación deben proponerlo dos miembros de la Fraternidad que hayan alcanzado el nivel de adepto, cabe afirmar que el Maestro no propondrá al discípulo para la prueba de iniciación si no está segurísimo de su aptitud, y esta seguridad sólo puede dimanar de la íntima identificación de la conciencia del discípulo con la del Maestro. Cuando un estudiante oye hablar de estas cosas, acude a sus labios. la siguiente pregunta: "¿Cómo podré ser discípulo de un Maestro? ¿Qué haré para llamarle la atención?" En verdad no es necesario que nos esforcemos en llamar la atención de los Maestros, porque siempre andan en busca de quienes puedan serles útiles en la magna obra que tienen a su cargo, y por lo tanto no hemos de recelar en lo más mínimo que prescindan de nosotros si merecemos su atención.

Recuerdo muy bien un incidente de mis primeras relaciones con los Grandes Seres hace veinticinco años. Encontré en el mundo físico a un hombre muy entusiasta y de carácter irreprochable, que creía firmemente en la existencia de los Maestros y dedicaba su vida al exclusivo objeto de ponerse en condiciones de servirles. Me pareció en todos sus aspectos un hombre tan a propósito para el discipulado y tan evidentemente superior a mí en muchos conceptos, que no podía yo comprender por qué no estaba ya aceptado, y en consecuencia, con toda mi novicia ignorancia de la índole de la obra, mencioné humildemente y con mucho encomio ante el Maestro el nombre de aquel aspirante, diciendo que tal vez sería un buen instrumento. El Maestro sonrióse al oírme y afablemente me dijo:

"No temas que tu amigo quede preterido. A nadie podemos preterir. Pero en este caso es necesario que tu amigo agote algunos residuos kármicos, y así es imposible por el momento aceptar su insinuación. Pronto saldrá tu amigo del mundo físico, muy luego volverá para la expiación completa, y entonces se realizará el deseo que sientes por él." .

Dicho esto, con la gentil amabilidad que le caracteriza sobremanera, el Maestro entrefundió íntimamente su conciencia con la mía, y alzándose a un nivel mucho más elevado del que yo por entonces podía alcanzar, me enseñó cómo los Maestros vigilan el mundo. La tierra entera estaba ante nosotros con sus millones de almas, en su mayor parte de atrasada evolución y en consecuencia vulgares; pero por doquiera que entre aquella innumerable multitud había un alma que aunque a mucha distancia aún, se acercaba al punto en que pudiera ser útil para el servicio, se distinguía entre las otras como un faro

entre las tinieblas de la noche. El Maestro dijo : "Ya ves cuán imposible es que nadie quede imperceptible, pues distinguimos aún a quienes están muy lejos de la posibilidad de ponerlos a prueba."

Lo único que nos cabe hacer por nuestra parte es trabajar firmemente en el perfeccionamiento de nuestro carácter y procurar por todos los medios posibles, por el estudio de las obras teosóficas, por el propio desarrollo y por nuestra abnegada devoción al interés del prójimo, capacitarnos para recibir el anhelado honor, con la absoluta seguridad de que vendrá la aceptación tan pronto como la merezcamos. Lo único que podemos hacer es predisponemos y confiar en que se nos aceptará en cuanto estemos a punto, porque hay grandísima necesidad de auxiliares. Pero hasta que podamos ser provechosamente útiles, es decir, hasta que la energía empleada en nosotros dé un rendimiento superior al que daría empleada de otro modo, faltaría - el Maestro a su deber, cosa imposible, si no nos ligara en estrecha relación con él.

Podemos tener la completa seguridad de que no hay excepciones en esta regla, aunque a veces nos parezca ver alguna. Un hombre puede entrar en el período probatorio, por más que tenga notorios defectos; pero en este caso seguramente poseerá en su interior cualidades compensadoras en exceso de los vicios superficiales.

También conviene advertir, que los Maestros de Sabiduría tienen como nosotros muchas vidas tras ellos y establecieron lazos kármicos, de los que resulta a veces que ciertos individuos alegan sobre ellos el pago de un servicio prestado en remotos tiempos. En nuestras indagaciones de vidas pasadas hemos encontrado algunos ejemplos de estos lazos kármicos, y uno de ellos es el de cierto individuo que, cuando fue un poderoso noble en Egipto hace seis mil años, influyó en las autoridades de uno de los principales templos para que admitiesen como estudiante distinguido a un joven que denotaba vehementísimo interés en las ciencias ocultas. El joven estudiante se aplicó arduamente a ellas e hizo admirables progresos, de modo que en vidas sucesivas continuó los estudios comenzados en aquel antiguo templo. De entonces acá, el estudiante ha conseguido el adeptado, adelantando con ello en mucho al noble que en aquella lejana ocasión le favoreció con su influencia, y como en la obra que tiene a su cargo actualmente necesitara de alguien para exponer al mundo ciertas verdades cuya publicación era ya oportuna, vio, que su antiguo amigo y valedor de seis mil años atrás estaba en condiciones de ser instrumento útil para el caso y le otorgó en recompensa el privilegio de transmitir la verdad al mundo.

Numerosos son los casos análogos. Todos sabemos: que en tiempos mucho más recientes todavía, uno de los fundadores de la Sociedad Teosófica salvó la vida del otro que a la sazón era el hijo mayor de quien ahora es Maestro de ambos, y así estableció un derecho kármico que desde entonces puso a los tres en íntima relación. Además, en otra coyuntura del remoto pasado, la señora Besant salvó a su actual Maestro de la conspiración tramada contra su vida; y en otro caso, uno que acaba de transponer el portal de la iniciación salvó la vida del Bodhisattva, del gran Señor Maitreya.

Todos estos son indudablemente lazos kármicos y constituyen deudas que se han de pagar en todo y por todo. Así puede suceder que alguno de nosotros estuviera íntimamente relacionado en pasadas vidas con un hoy Maestro y que le prestara algún ligero servicio, y en este caso sería el comienzo de una relación que diera por madura consecuencia el discipulado por nuestra parte.

Suele ocurrir que algunos individuos se sienten atraídos por un común interés en el estudio del ocultismo, y en vidas posteriores, cuando alguno de ellos está mucho más adelantado que los demás, establece relaciones de instructor con los que un tiempo fueron

sus compañeros de estudio.

Seguramente que el hombre puede llamar de diversos modos la atención de los Maestros. Puede acercarse a las puertas de la iniciación, relacionándose con quienes estén más adelantados que él, o bien por la potencia del puro y firme pensamiento, por devoción o por el ardoroso esfuerzo en las buenas obras; pero todos estos medios son divisiones del Sendero único, pues denotan todos que el hombre se está capacitando para una u otra modalidad de la tarea que se ha de llevar a cabo. Y así, cuando por alguno de estos métodos llega a cierto nivel, inevitablemente llama la atención de los Maestros de Sabiduría y de un modo u otro se relaciona con ellos, aunque probablemente no en el mundo físico. Por lo general, el Maestro lo relaciona con uno de sus más sobresalientes discípulos, y este es el mejor medio, puesto que las personas vulgares no pueden asegurarse por sí mismas del valor exacto de las comunicaciones astrales, a menos que hayan tenido muy amplias experiencias mediumnísticas, ya que en el mundo astral actúan numerosas entidades ordinarias de poca evolución que arden en deseos de figurar como instructores del mundo. Comúnmente, estos suplantadores están movidos por buena intención y creen que han de dar al mundo enseñanzas capaces de salvarlo. La muerte física les ha convencido de la futilidad de los objetos mundanos y piensan de buena fe que si pudieran transmitir al género humano sus nuevas modalidades de pensamiento, sería el mundo muy distinto de lo que es. También están plenamente convencidos de que les bastaría publicar sus ideas en el mundo físico para que las gentes asintieran a ellas, y así escogen a una mujer muy receptiva y la sugestionan con la idea de que la han escogido para revelar una sorprendente novedad. Desde luego que es muy lisonjero para una persona vulgar verse escogida como la única capaz de servir de medio de comunicación de una poderosa entidad y el único canal para transmitir enseñanzas transcendentales; y aunque la entidad comunicante no alardee de grandeza (lo cual es raro) el médium lo atribuye a excesiva modestia por parte de la entidad y la disputa al menos por un arcángel cuando no por directa manifestación de la Divinidad. Pero la tal entidad comunicante olvida que, cuando vivía en la tierra, otras entidades astrales se comunicaban análogamente por diversos médiums y que entonces no prestaba la menor atención a las comunicaciones, porque estaba engolfado en los negocios del mundo; y que de la propia suerte, las gentes que ahora viven en el mundo físico no harán ningún caso de cuanto él tenga empeño en comunicarles.

Estas entidades suelen apropiarse nombres famosos, en lo que les cabe disculpa, porque conocen la condición humana y saben que si un Juan García o un Pedro López viniese a revelar a los vivos en la tierra determinadas enseñanzas, tendría pocas probabilidades de aceptación por verdadera y excelente que fuese, mientras que la misma comunicación dada por Jorge

Washington, Julio César o el arcángel Miguel merecería por lo menos respeto y acaso la aceptarían ciegamente las gentes.

Toda entidad consciente en el plano astral tiene cierta clarividencia de los pensamientos y emociones de aquellos con quienes trata; y por lo tanto, no es extraño que al relacionarse con los teósofos y notar la profunda reverencia que éstos sienten por los Maestros de Sabiduría, se finjan tales para obtener más fácil aceptación de las ideas que desean comunicar.

Conviene tener asimismo en cuenta que algunas entidades astrales miran maliciosamente a nuestros Maestros y procuran perjudicarlos en lo que les cabe; pero como no pueden directamente, se ceban en los discípulos predilectos. Uno de los más fáciles medios que de dañar tienen estas entidades es asumir la forma del Maestro profundamente

reverenciado por el discípulo a quien escogen como víctima, y a veces imitan con tal perfección el aspecto físico del Maestro suplantado, que parecería él mismo a no ser por la imposibilidad en que está el suplantador de remedar la verdadera expresión de la mirada. Quien haya educado la vista de los mundos superiores no será víctima de la superchería, pues las entidades astrales no pueden imitar ni por asomo el cuerpo causal del Maestro.

Por lo tanto, haremos muy bien en escuchar el sabio precepto de *La Voz del Silencio*: "No busques a tu Guru en aquellas mayávicas regiones." No aceptéis nada de cuanto proceda de un supuesto instructor del plano astral, sino recibid estas comunicaciones y avisos con la misma prevención con que las recibiríais de un desconocido en el mundo físico. Tomadlas por lo que en sí valgan y aceptad o rechazad la insinuación según os dicte la conciencia sin preocuparos de su supuesto origen. Buscad más bien enseñanzas que satisfagan vuestra inteligencia y aplicad siempre la prueba de vuestra mente y de vuestra conciencia a todo cuanto de este modo se os exponga.

No olvidemos que nuestras líneas de desarrollo no son las únicas. Los dos Maestros más íntimamente relacionados con la obra de la Sociedad Teosófica pertenecen a dos diferentes rayos o modalidades de enseñanza, pero todavía hay otros. Todas las escuelas de enseñanza superior dan lecciones preparatorias de purificación del carácter; pero las enseñanzas y ejercicios particulares difieren según el tipo del instructor, aunque todos los pertenecientes a la Gran Fraternidad Blanca insisten en que el nivel superior sólo puede alcanzarse por medio del Sendero de Santidad y la extinción del deseo, venciénolo y no halagándolo. El Maestro puede emplear al discípulo en diversidad de servicios. A unos los destinan a las tareas señaladas en *Protectores invisibles* y a otros se les ordena que ayuden personalmente al Maestro en alguna obra que trae entre manos. Algunos reciben el encargo de dar astralmente conferencias a gentes poco evolucionadas o de ayudar y enseñar a los que durante el sueño se trasladan al mundo astral o a los que en él residen después de la muerte. Cuando un discípulo duerme por la noche, se relaciona con su Maestro, quien le informa entonces de si hay alguna tarea especial de que pueda encargarse, y en caso de no haberla, continuará su acostumbrada obra nocturna cualquiera que sea.

A cada protector invisible se le asignan determinado número de casos o sujetos, análogamente como los médicos están encargados de cierto número de enfermos en los hospitales del mundo físico; y cuando no tienen especial tarea, hacen el servicio de ronda para vigilar los casos con que tropiecen. Así es que nunca les falta en que ocuparse si no se necesita su concreto auxilio, como ocurre cuando alguna súbita catástrofe lanza simultáneamente gran número de almas en el mundo astral presas de terror. La enseñanza que los discípulos noveles necesitan para esta obra la reciben de los más antiguos discípulos del Maestro.

Si conviene que el discípulo tome a su cargo un especial sistema de desarrollo psíquico en el mundo físico, el Maestro se lo indicará directamente o bien por medio de uno de sus discípulos aceptados, según el carácter y las necesidades del aprendiz, por lo que es mejor para éste esperar instrucciones concretas antes de acometer tareas de tal índole, y al recibirlas valdrá más que se las reserve para sí y no las discuta con otros a quienes seguramente no les convendrían por prematuras.

Los maestros menores de la India tienen sus peculiares métodos didácticos cuya diferencia depende en parte de la escuela filosófica a que pertenecen y en parte de sus distintos puntos de vista sobre una misma materia; pero todos los mantienen muy secretos a fin de no cargar con la responsabilidad del erróneo empleo. El daño que puede ocasionar

la indiscreta publicación de estos métodos se ha evidenciado en los Estados Unidos, donde logró profusa circulación un libro escrito por un maestro hindú que mencionaba cautelosamente ciertas prácticas y advertía en el prefacio la necesidad de prepararse a ellas por la educación del carácter. Sin embargo, el libro ocasionó acerbos sufrimientos porque la mayoría de lectores menospreciaron la advertencia y se lanzaron imprudentemente a las prácticas descritas, cuyo resultado fue inutilizarlos físicamente. Unos enloquecieron, otros cayeron presa de trastornos nerviosos y algunos quedaron obsesos por entidades maléficas. Para la absoluta seguridad de estas prácticas es indispensable realizarlas (como actualmente se realizan en la India) en presencia de un instructor que vigile el resultado e intervenga al ver que es perjudicial. En la India es costumbre que el discípulo se mantenga en contacto físico con su instructor, pues allí todos saben que la primera y principal tarea de un instructor es armonizar con la suya el aura del discípulo y anular las ordinarias condiciones de turbación que prevalecen en el mundo, enseñándole a desprenderse de ellas y vivir en absoluta calma. Uno de nuestros Maestros dijo en una de sus primeras cartas: "Ven de tu mundo al nuestro", y esto se refiere no a un cambio de lugar sino de estado de ánimo.

Recordad que todo aquel que medita en el Maestro establece un definido lazo con él que al clarividente se le muestra como una línea de luz, cuyo contacto nota subconscientemente el Maestro y en respuesta envía por ella una corriente magnética que prosigue actuando mucho después de acabada la meditación. El regular ejercicio de esta meditación concentrada sirve de muchísimo auxilio al aspirante, y la regularidad es uno de los más importantes factores del resultado. Así es que debe practicarse todos los días a la misma hora y perseverar firmemente en ella aunque de pronto no advirtamos ningún efecto definido. En este caso conviene evitar toda depresión de ánimo que dificultaría el acceso de la influencia del Maestro y al propio tiempo denotaría que más que en él pensamos en nosotros mismos